

público muestra un claro sentido anti-liberal y anti-democrático: los partidos políticos son, según él, "un hecho patológico" (pág. 67); el régimen parlamentario produce consecuencias aniquilantes (68); también afirma que hay que limitar la opinión pública "a favor de aquellas personas que tienen realmente autoridad, es decir, responsabilidad, de la misma manera, añade, que también la docencia académica está supeditada a la responsabilidad que señala una especial autorización"; resulta extraño que en estas cuestiones no se tome a Inglaterra como modelo, cuando antes tanto se han alabado las excelencias del sistema anglosajón.

Tampoco con respecto al Derecho natural parece muy acertada la tesis del prof. D'Drs; escribe: "Entiendo por derecho natural aquel orden jurídico de origen divino que viene admitido por la tradición de la Iglesia Católica"; y más adelante: "Derecho natural es aquello que el Juez Divino aprueba respecto a los infieles"; cabría preguntar: ¿qué sentido puede tener ahí la palabra *natural*?; claro, que también antes cabría haber preguntado: ¿qué sentido tiene en esta teoría judicialista la palabra *derecho*? Realmente, bastante equívoco e inexacto.

ELIAS DIAZ

MICHEL LAUNAY: *Paysans algériens: la terre, la vigne et les hommes* (París: Éditions du Seuil, 1963), 431 pp.

I

Algunos datos biográficos acerca del autor explicarán en parte por qué —a pesar de mis pocos conocimientos del tema— me he atrevido a presentar esta obra a los lectores del *Boletín*. Nacido en París en 1933, M. L., actualmente asistente de literatura francesa en la Sorbona donde prepara su tesis principal sobre los escritos políticos de J.-J. Rousseau, participó como soldado *deuxième*

classe en la guerra de Argelia. Escribe M. L.: "Mi situación de militar francés en Argelia, que hizo surgir este libro, suscitará comentarios... Traté de convertir este mal en bien" (421). Aprovechó su estancia argelina para conocer el país y sobre todo las gentes y zonas rurales, personalmente y a través de múltiples lecturas a la vez de libros impresos y de textos inéditos (véase la Bibliografía, pgs. 423-424, y las muchas notas en cada página). Se trata en primer lugar de un joven francés muy de nuestra época, de su reacción frente a la doble tragedia vivida por su país y por Argelia —una tierra que M. L. ha llegado a querer— durante los últimos años. Se trata también de un "humanista" —M. L. no es economista agrónomo— y de sus esfuerzos de comprender una realidad para él extraña, fascinadora y cruel. El *dépaysement* de M. L., aunque verdadero profundo, no tiene nada del exotismo estético que se encuentra, p. ej., en ciertos escritores anteriores, como Gide. M. L. recorrió en moto varias provincias argelinas, donde habló francamente con musulmanes y europeos y, complementando luego con lecturas lo que no había podido comprobar directamente, llegó a conocer bien el mundo vitícola en todos sus aspectos demográficos, económicos, políticos y psicológicos. Un fuerte sentimiento de buena voluntad hacia todos los interesados resalta de todos sus capítulos, aunque M. L. se ve claramente obligado a condenar absolutamente el *ancien régime* anacrónico de los grandes *colons* —régimen, según M. L., que nunca supo implantarse en el país (ocho sublevaciones importantes en el oranés entre 1832 y 1956). Sin embargo, su admiración de la eficacia política del F. L. N. no implica una aprobación total ni de sus métodos ni de todos sus fines. (M. L. comprende la cólera del movimiento revolucionario argelino, pero, como francés, tiene que lamentarla, lo cual constituye una de las flaquezas del libro y. paradójicamente,

uno de sus valores más objetivos). Su libro, por consiguiente, tiene dos aspectos de sumo interés: 1), es un reportaje generoso y bastante completo sobre uno de los problemas fundamentales de la realidad argelina actual (también, por extensión, de África y aún del llamado "tercer mundo" en general); al mismo tiempo 2) es un documento que relata indirectamente una parte de la formación de cierta juventud francesa cuyo representante típico —o por lo menos el de una fracción intelectualmente importante de ella— sería M. L. (Conviene recordar que más de medio millón de jóvenes franceses tomaron parte en los "acontecimientos" de Argelia).

II

La organización de este libro permite colocar una gran variedad de temas dentro del sujeto principal que es el campesino (*fellah* y obrero rural) de la región vitícola de Aïn-Témouchent (Orania). La riqueza de datos utilizados es impresionante; por desgracia no se presta a un resumen esquemático. Sin contar la "Introducción" y la "Invitación" final, el libro tiene cinco secciones de unas sesenta a cien páginas cada una: "La viña y el hombre", "La tierra y la sangre" "El *fellah* y su campo", "La pena del obrero agrícola", "Frutos más dulces que la uva". Además, estas cinco secciones se dividen en pequeños capítulos en los que M. L. desarrolla un tema particular relacionado con el de la sección en general. Repasemos rápidamente el contenido de las secciones básicas; nos limitaremos forzosamente a lo esencial, esperando que el lector acuda al texto mismo tanto para llenar las muchas lagunas como para conocer todos los detalles y matices necesarios.

"La viña y el hombre": Análisis de la agricultura "colonial" de Argelia. Nadie ignora que, con el petróleo, el vino —producto anómalo en un país musulmán— constituye la fuente más

rica de divisas extranjeras para la economía argelina. (Se ha repetido *ad nauseam* que Francia "necesita" los vinos generosos de Argelia para fortalecer sus propias cosechas del Mediodía¹). M. L. estudia la "vinificación" de las mejores tierras de Orania, con la continua expoliación y la proletarización subsiguiente del campesino indígena. La implantación de la viña —monocultura de hecho si no de nombre— ha destrozado poco a poco la agricultura tradicional del país: la hectárea de trigo, p. ej., gana cinco o hasta diez veces menos que la hectárea de viña; la antiquísima cultura de ganado ovejuno queda o aniquilada o desterrada a los pastos más ingratos del *djebel*. En esto el *colon* fué el único favorecido. puesto que, en las regiones estudiadas, la casi totalidad de las buenas tierras estaban en manos de europeos, quienes ganaban enormes beneficios gracias a un mercado francés artificial y a su explotación más o menos racional; según M. L., la empresa del Kéroulis, cuya superficie cubría unas 2.300 hectáreas, logró en 1960 una ganancia neta de 10.000.000 NF (75 ss.). Aunque M. L. no lo dice claramente, su análisis subraya la especie de chantaje económico y político ejercido por la viña tanto sobre Francia como sobre Argelia. Mientras los *colons* "representaban" a Francia en Argelia, para recompensarles de su presencia, el mercado francés aceptó su vino, pero el hecho mismo de importar el vino

¹ M. L. presenta la cuestión de las "necesidades" francesas (402 ss.). Cuantitativamente Francia no precisa importar vinos; M. L. dice que "la importación del vino argelino en Francia, vinculada desde 1925 a la actividad del grupo de presión de los grandes *colons*, ha contrariado muchas veces las reclamaciones de los pequeños viticultores franceses" (405) y que, cualitativamente, se puede aumentar el contenido alcohólico del vino común francés azucarándolo como se suele hacer legalmente en Alemania. Sin embargo, reconoce la gravedad del problema para Argelia: arrancar la viña para sembrar trigo, dice un perito citado por M. L., cortaría la fuente de divisas pero no aumentaría suficientemente la producción para las necesidades argelinas (403).

argelino obligó a Francia a mantener en Argelia una estructura político-económica completamente colonialista; era un círculo vicioso. Y ahora que Argelia se ha independizado la posición de la viña como fuente de ingresos tendería a mantener su cultivo si no fuera que su razón de ser colonialista ha dejado de existir. Los esfuerzos del gobierno de Argel para sostener la producción vinícola y para orientarla dentro de las nuevas normas económicas del país encuentran pocas simpatías en Francia, ya que los *colons*, por no poder seguir siendo *colons*, se han marchado. Así se puede aún concluir que el mismo *colon* fué creación de la viña que trajo a Orania, en la medida en que, siendo *colon*, deja de ser francés (o italiano o español) y no es "argelina" sino parte de una minoría cuyos intereses por definición son opuestos a los de la mayoría. Políticamente anacrónico en un mundo que rechazó las bases de todo origen colonialista, moralmente indefendible por lo que ha hecho con las poblaciones indígenas reduciéndolas a una proletarización sistemática y —peor— a una miseria sin salida, el *ped noir*, cuyo destino fué siempre vinculado al de la viña, queda aislado; ya no puede pretender a otra función que la de técnico semi-neocapitalista al servicio de un estado y de una estructura económica diametralmente opuestos a lo que antes encarnaba. En otras palabras ha tenido que renunciar a ser *colon*. (Desde luego no extraña la fuerte emigración europea fuera de la Argelia independiente; sería, sin embargo, de sumo interés conocer la evolución de aquellas empresas "impersonales" como la del Kéroulis que ya en el 1960 se preparaban a desempeñar un doble papel neocapitalista y técnico dentro de la nueva República argelina).

"La tierra y la sangre": Si la primera sección plantea el problema de la viña colonialista y el campesino esta segunda parte traza la historia de sus relaciones. M. L. combate varios mitos arraigados desde 1830 en la vie-

ja colonia francesa. Dice, p. ej.: "Probablemente no es por casualidad que los primeros informes de los oficiales franceses sobre la provincia de Orán quedan aún hoy inéditos: la riqueza agrícola de la Orania precolonial no correspondía al mito de la colonización" (120-121). Se declara incapaz de establecer las etapas de la conquista, la desintegración de las tribus, la expoliación de las tierras, el desarrollo de la viña y de los centros de colonización; "todas estas operaciones son simultáneas y se prolongan todas juntas, de 1832 a 1962" (123), lo cual acaba con el mito de la "pacificación". M. L. se propone estudiar las formas de la reacción del campesino musulmán; menciona las diversas sublevaciones armadas, la resistencia religiosa (los Ulemas reformistas) y los primeros remolinos de carácter sindical y político. Entre 1900 y 1930 —la edad de oro de la viña— el campo oranés conoce su única época de paz relativa. A partir de 1939 hay una sucesión de acontecimientos que M. L. califica de *remue-ménage*; todos los testigos —europeos y musulmanes— citados por M. L. están de acuerdo para situar alrededor de 1945-47 los comienzos del espíritu revolucionario. Es muy significativo que el gobernador socialista de aquel entonces, Naegelen, quedara él también prisionero de la "viña" e instituyera pocas reformas. Los *colons* no sospecharon la gravedad de toda esa agitación hasta la noche del 5 de mayo 1956, cuando 35 fincas fueron quemadas en el distrito de Aïn-Témouchent. La represión fué horrible: en Aïn-Témouchent habían muerto unos 30 o 40 europeos sobre un total de 23.000. En cambio, de una población de 116.000, 5.000 musulmanes fueron masacrados. Luego se llevaron a cabo nuevos "agrupamientos" de la población musulmana, o sea construcciones de nuevas aldeas con todos los trastornos físicos, morales y económicos que suelen acompañar los traslados forzados. M. L. cuenta la caída del po-

der colonialista en 1961 y 1962 a través de cartas que le fueron dirigidas por unos amigos musulmanes de la región (189-200); se comprende y se comparte la simpatía que M. L. siente por esos amigos —muchos son muy jóvenes— que descubren por fin la realidad de su patria.

“El *fellah* y su campo”: El *fellah* es el agricultor musulmán; posee sus propias tierras, pero, cuando éstas son malas o de poca superficie, el *fellah* trabaja como obrero o para otro *fellah* más rico o para el *colon*. (Se trata, desde luego, del período anterior a la independencia). M. L. establece una especie de jerarquía del *fellah*, basada en su relativa afluencia o miseria. El bienestar es función de diez o quince hectáreas de terreno si el *fellah* puede tener dos hectáreas de viña o de huerta (en Orania se practica el sistema bienal de trigo, se siembra la mitad del terreno cada año). Algunos *fellahs* ricos han logrado incorporarse hasta cierto punto dentro de la economía vinícola, pero nunca en la misma escala ni bajo las mismas condiciones que los europeos; el *fellah* no tiene bodega ni maquinaria moderna; vende su cosecha —a veces con mucha pérdida— al “comprador de vendimias”. Por sus manipulaciones de crédito éste, según M. L., es el “verdadero propietario y no el *fellah*” (222); el sistema colonial nunca favoreció en manera alguna la “subida” del *fellah* —salvo en el caso de uno o dos en cada *commune*— a un nivel vecino al del *colon* modesto. Pero el asunto es aún más grave: sobre 600.000 *fellahs* en Argelia más de 400.000 tienen menos que diez hectáreas y sólo 15.000 son viticultores (223). El *fellah* típico no tiene tierra par sostener su familia y, por consiguiente, debe trabajar como jornalero. M. L. cita la cuenta de explotación de una finquita típica de seis hectáreas de trigo; ¡da una renta anual de 626 NF! Las medidas tardías tomadas para asegurarle al *fellah* ciertas facilidades de crédito, de maquinaria y de ayuda técnica (SIP y

SAP) fueron un fracaso tanto por la mediocridad de los recursos empleados como por el interés de muchos administradores. Según M. L., la extrema partición de la propiedad indígena (provocada a la vez por el aprieto de la colonización y la expansión demográfica) y el aumento cada día mayor de los obreros rurales sin trabajo podrían favorecer una reforma agraria de tipo colectivista; el “individualismo” feroz del campesino argelino sería otro mito, nada más.

“La pena del obrero agrícola”: Como en cualquier país del mundo, el obrero agrícola argelino constituye la clase más desamparada de todas. Sin embargo, en Argelia esta categoría ha alcanzado proporciones cuantitativamente alarmantes. La viña, dice M. L., no da trabajo regular. Además, en Argelia, el racismo fué tal que —excepto en algunos pocos casos— un musulmán no podía pasar de su *status* de obrero a una posición más responsable (contramaestre, capataz, gerente). En Argelia existía la identificación casi total y explosiva de raza y función económico-social. Según la edad y el sexo del trabajador y la zona el jornal puede ser de 3,37 a 7,32 NF, pero aún el obrero “permanente” —el aristócrata del grupo— trabaja muy rara vez más de 250 días al año. Los “sin trabajo” forman entonces una enorme reserva de obreros con las consecuencias que suelen ocurrir en los países subdesarrollados: ninguna seguridad económica, un sistema de contratación perfectamente caprichoso y demás afectos de la miseria (hambre, enfermedad, natalidad fuerte, analfabetismo, supersticiones). El único momento del año que el obrero pudiera ejercer alguna presión sobre el *colon* sería durante la vendimia, pero el *colon* solía dar trabajo en las épocas vacías a aquellos obreros “limpios” que le ayudaban sin protestar con la vendimia. M. L. cita el ejemplo de Chenafi, obrero privilegiado y conductor de tractor. Chenafi gana 240 NF mensuales, vive con su madre, mujer y cinco hijos (los dos

mayores van al colegio); su nivel de vida es de los más altos de la aldea—sólo doce familias comen y visten mejor que la suya—. El sindicalismo agrícola no existía antes de 1958 (algunos esfuerzos hechos por la C. G. T. en 1936 fueron muy esporádicos y muy poco eficaces), pero el reino de terror durante la represión fué tal que se realizó muy poco adelante (330-340). M. L. concluye que el fracaso sindicalista confirma la vanidad de toda veleidad reformista dentro del viejo sistema.

“Frutos más dulces que la uva”: A lo largo de las secciones anteriores, M. L. ha templado su análisis estadístico con informaciones y anécdotas significativas recogidas por él de los labios de sus amigos e interlocutores argelinos y europeos. M. L. trata de *situar* sus personajes y sus datos en un contexto a la vez humano y objetivo; su objetivismo no sacrifica la verdad esencial de los individuos que viven y padecen la realidad argelina. En esta última sección, M. L. orienta su estudio en un sentido más bien sociológico que económico o político, aunque nunca separa estas tres orientaciones del todo. Se da cuenta que está examinando una realidad entera y homogénea; cada enfoque ilumina un aspecto de ella: sin la aportación del punto de vista sociológico la explicación económica resultaría seca y tal vez mentirosa. La primera parte de esta sección describe la mujer del campo: la madre, la “batalla del velo”, la poligamia (moribunda), las revolucionarias y la juventud femenina. Poco a poco se está creando en el campo argelino una minoría de mujeres “modernas” que han luchado por la independencia y que reclaman todos sus derechos civiles en una sociedad todavía dominada por el tradicionalismo masculino. No nos sorprende que esta mujer moderna sea casi siempre una joven ni que ella tenga que enfrentarse a toda clase de prejuicios pasados de moda. Tampoco extraña que su creación contribuya a destruir las viejas normas

sociales: la nuera “moderna” ya no quiere soportar la autoridad de su suegra, lo cual amenaza de transformar la estructura familiar del país. M. L. estudia también el sentimiento y la práctica religiosos de hoy, los *marabouts* (a menudo vendidos a la colonización), las varias cofradías que ayudaron mucho a conservar y a dar nueva vitalidad a ciertas tradiciones valiosas, el *taleb* y la escuela coránica; afirma M. L. que “la moral laica, puramente humana, queda todavía ajena al campesino argelino”, que la juventud ha podido reconciliar vida moderna y viejas prácticas “elaborando una especie de deísmo sin duda provisional” (369). M. L. vuelve repetidas veces al tema de la juventud, de su madurez y de su gran capacidad. Rechaza por “vanidoso” el concepto colonialista de la “doble cultura”, pero preconiza una colaboración franco-musulmana al servicio de una revolución auténticamente argelina. M. L. reconoce el hecho capital de los “acontecimientos”, saber que el campesino luchó por la tierra; predice que se hará una profunda reforma agraria en Argelia e insinúa que esta reforma implicará la reconversión graduada de la viña (402-407). La solución propuesta favorece la creación de grandes haciendas estatales sin que sufran los pequeños explotadores europeos y musulmanes, por desgracia no considera la rentabilidad de estos últimos, porque insiste más en los *maxima* que en los *minima*. Tampoco estudia la integración de la economía agrícola dentro de la economía total del país. En enero 1964 hubo en Orán unos motines serios provocados por la llegada de miles de “braceros” desempleados (en 1956 Orán tenía alrededor de 400.000 habitantes, luego se marcharon casi 200.000 europeos, hoy día tiene casi la misma población que en 1956). El futuro de Argelia, país subdesarrollado, no se presta al juego de soluciones fáciles. M. L. pide que no juzguemos todavía este país convalescente cuya salvación reside en muchos años de trabajo; en cierto

modo aplica una moral nórdica a un país típicamente meridional. Termina su estudio con una nota de incertidumbre: "todas las aldeas de Argelia esperan el médico, la institutriz, el contable, la enfermera y el agrónomo —si posible argelinos o argelinas— que aceptarán de vivir allí".

III

El lector de esta obra queda impresionado por la flexibilidad ideológica del autor. M. L. ofrece puntos de vista y soluciones libres de cualquier dogmatismo; su marxismo, p. ej., es de tipo "asimilado", y M. L. insiste sobre la necesidad de adaptar los principios a las condiciones particulares de la situación argelina. Sin embargo, merced a la doctrina de "fraternidad" que domina todo el libro, M. L. logra vincular lo que dice sobre Argelia a una visión tal vez más general de la tarea que, según él, incumbe a la juventud preparada de Francia y, por extensión, de los países desarrollados frente al "tercer mundo". Los defensores del antiguo sistema colonialista han lamentado la desaparición más o menos completa del "orden civilizado" en los países recién liberados (la "congolización"); piensan que el tipo de orden defendido por el poder colonial puede y debe ser mantenido a todo coste por el nuevo régimen, lo cual en muchos casos y por varias razones, se ha revelado imposible. M. L. es de los que no dan la prioridad absoluta al "orden *per se*". Ve en el "orden francés" de Argelia un mito particularmente destructor; entiende aún que perpetuar el "orden" puede, en ciertos lugares, provocar daños serios al país en cuestión. Comprende que el fin táctico de los nuevos gobiernos tiene que ser el bienestar de sus pueblos. Dicho de otra manera, acepta la revolución; trabaja y piensa dentro de la categoría revolucionaria sin, por eso, ser terrorista, sin practicar la "política de lo peor" en favor de algún sistema preconcebido. Esto es significativo porque la

actitud de M. L. demuestra un *rapprochement* posible entre la manera de pensar de un europeo "desarrollado" y la del ciudadano de un país materialmente menos favorecido. Sin renunciar a lo suyo, el europeo M. L. entiende los problemas de un complejo social a la vez ajeno y representativo de la gran masa de los seres humanos que viven en nuestro planeta. Hay implícitos en su libro una moral de comprensión y cooperación y un ejemplo del "ensanchamiento" cultural e intelectual que, hoy día, afecta, creo, más jóvenes de Occidente. Se puede opinar que será tal vez de un tal "ensanchamiento" eficaz de ideas que dependerá el porvenir —el dinamismo— de nuestra cultura en un mundo cada día físicamente más reducido y culturalmente más amplio.

KARL D. UITTI

Universidad de Princeton (EEUU).

JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Las comunidades de Castilla*. Revista de Occidente. Madrid, 1963. 252 págs.

Parece indudable que en todo movimiento subersivo la mecánica de los hechos se imponga a los proyectos iniciales, y si el movimineto comunitario comenzó como protesta en favor de las "libertades" medievales, gradualmente se fué transformando en un movimiento "libertario" a secas. Valga como símil el hecho actual de que gobiernos conservadores son a veces capaces de elaborar programas de seguridad-social más avanzados en muchos detalles, que gobiernos auténticamente izquierdistas. Los comunitarios en muchos casos pudieron hacer un máximo de concesiones y sobrepasar en infinitud de puntos la modernidad que representaba el gobierno real de Carlos V, el cual tenía para poder avanzar que destrozara las sólidas bases desde las que el adversario se permitía el lujo de hacer concesiones.

Pero otro problema muy distinto es aquilatar hasta qué punto las con-